

Anticipamos un fragmento de *Querido Papa, te escribo* editada por Mondadori. Al final de nuestra confrontación, Vd., querido Papa Ratzinger, ahora sabe que el suyo no es un *Credo* que podamos compartir, ni que yo pueda profesar. Pero, ¿qué podría, pues, profesar yo, si de verdad quisiera orar? En conclusión, antes de la despedida, trataré de resumir brevemente mi posición, despojándola de los argumentos que me llevan a sostenerla, y cristalizándola precisamente en una posible forma paralela a su *Credo*, aunque opuesta en cuanto al fondo. Haciéndolo así, se mantendrá, por un lado, un vínculo formal con la tradición occidental, adherida hasta la Edad Media y el Renacimiento a las fórmulas de profesión de fe que, apenas, acabo de comentar. Pero, por otro lado, voy a introducir un salto sustancial en el contenido de aquellas mismas fórmulas, que a partir de la Era Moderna y de la Contemporánea han sido cada vez más identificadas como la expresión de una fe filosóficamente obsoleta, históricamente inadecuadas y científicamente equivocadas.

Al redactar mi *Credo* me alinearé, al mismo tiempo, en favor del realismo científico e histórico, que acepta todo aquello que existe, o ha existido, y está contra lo ilusorio de la ciencia-ficción y la historia-ficción, que se entregan a lo que no existe, o nunca ha existido. Aunque, como, de hecho, ni siquiera hace el *Credo* original, no trataré de completar mi *Credo* positivo con su complemento negativo, pretendiendo enumerar y especificar en detalle aquello en lo que no creo. (...) Así pues si quisiese simplemente adaptarme a hablar en su lenguaje y decidiese “someter la tierra y dominar sobre todo ser viviente”(Gn 1,28), pero el más joven textualmente, con el deber natural de respetar y preservar el ambiente y todas las demás formas de vida. Y, sobre todo, considerar como una entidad superior a los individuos que la componen, y los hombres deben preguntarse constantemente qué pueden hacer por ella, en lugar de pretender únicamente que la Humanidad y la Naturaleza hagan algo por ellos. Pero este doble "materialismo humanista" y "humanismo materialista" sería un muy mísero sustituto de la religión, si no fuese acompañado de una fe no sólo en la Naturaleza y en el Hombre, sino también en el Espíritu que se manifiesta en la conciencia que tenemos del mundo y de nosotros mismos.

Un Espíritu puramente immanente, que procede de la Naturaleza y del Hombre, y que justamente consideramos, por tanto, una de nuestras características constitutivas, cometiéndose a menudo dos errores complementarios de sobrevaloración en su consideración. Manteniéndolo, por un lado, trascendente, en vez de emergente. Y, por otro lado, necesariamente humano, en lugar de, tan sólo, ligado a la complejidad de un sistema: en

particular, actualmente ya presente en otros animales superiores, y, potencialmente, también en las máquinas en general, y las computadoras, en particular. Como hombres, sin embargo, nos interesa especialmente nuestro Espíritu y sus logros: en primer lugar, sobre todos, el sorprendente descubrimiento de que la Naturaleza no es caótica, como habría podido esperarse, sino ordenada. Y que su orden no aparece subjetivamente impuesto por el hombre, como lo alfabético de las palabras en un idioma. Si bien resulta objetivamente intrínseco a las cosas, como lo matemático de los objetos aritméticos o geométricas, o lo lógico del razonamiento. Se manifiesta en la naturaleza, por tanto, un orden universal, que se llama *Logos* en griego, *Ratio* en latín y *Ragione (Razón)* en italiano. Lo que nos permite dar un sentido literal al versículo metafórico del *Rig Veda*, posteriormente añadido al versículo 1, 1 de Juan: "En el principio era la Razón, y la Razón estaba junto a Dios, y la Razón era Dios". Entendiendo, naturalmente, por "Dios" la Naturaleza.

Análogamente, podemos interpretar el versículo 1,14: "La Razón se hizo carne y habitó entre nosotros", entendiéndolo en el sentido de que la razón humana es una de las formas en que la Razón Cósmica se manifiesta en el orden de la Naturaleza. Yo no puedo abandonar una manifestación, que participa de Su esencia. Y puedo percibir otras manifestaciones similares, expresadas en las leyes de la Naturaleza, cuya investigación y descubrimiento son los primeros y últimos propósitos de la empresa científica. Pero, no puedo abandonar, de hecho, tan sólo una manifestación, la razón humana encuentra en la Razón Cósmica una trascendencia que la sobrepasa, y en presencia de la cual no puede más que percibir la propia limitación.

El círculo abierto de mi reformulación laica del Credo se cierra, pues, con el descubrimiento de que no sólo las palabras de su profesión de fe pueden ser reinterpretados con sensatez. Pero, también la experiencia religiosa encuentra su sublimación en la sensación que el Hombre llegar a verificar frente a la Naturaleza a través de la mediación del Espíritu, y más específicamente de su quintaesencia que es la Razón. Se llega, así, a una "verdadera religión", profunda e intelectual, que los científicos desde Pitágoras a Einstein siempre han profesado, y donde las religiones institucionales no son más que caricaturas superficiales. De ahí que las máximas que yo expresé, tal vez de manera un poco provocativa, desde el principio de mi trabajo divulgativo *El Evangelio según la ciencia*. Por un lado, que la matemática y la ciencia son la única religión verdadera, el resto es superstición. Y, por otro lado, que la religión es la matemática, o la ciencia, de los pobres de espíritu. También esta

"verdadera religión" tiene sus misterios, que se manifiestan, principalmente, en la intangible y sorprendente constatación de que el Hombre puede entender bastante de la naturaleza. Y entonces, en los problemas científicos concretos y desafiantes que aún no han encontrado una solución definitiva: en primer lugar, los orígenes del universo de la nada, de la vida de la materia inanimada, y de la conciencia de los primates superiores. En comparación con los verdaderos misterios, una vez más, los de las religiones, de los dogmas y los milagros, no parecen más que miserables caricaturas, buenas tan sólo para aquellos que creen en la frase: "bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos" (*Mt 5,3*).

Yo, en cambio, prefiero creer que los benditos sean los ricos de Espíritu, porque de ellos es la República de la Tierra. En cuanto a mi profesión de fe, por tanto, es así como expresaré mi *Credo* laico. Como prometí, sobre las líneas del suyo: "Creo en un solo Dios, la Naturaleza, Madre omnipotente, generatriz del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible. Creo en un solo Señor, el Hombre, plurigénito Hijo de la Naturaleza, nacido de la Madre al final de los siglos: naturaleza de la Naturaleza, materia de la Materia, verdadera naturaleza de la Naturaleza verdadera, engendrado, no creado, de la misma sustancia que la Madre. Creo en el Espíritu, que es Señor y da la conciencia de la vida, que procede de la Madre y del Hijo, y con la Madre y el Hijo es adorado y glorificado, y que habló por los profetas del intelecto. Espero la disolución de la muerte, pero no otra vida en un mundo que no será".

- <http://ricerca.repubblica.it/repubblica/archivio/repubblica/2011/05/10/il-papa-lo-scienziato.html>